

## SADE Y LA FALSA DEMENCIA. LA FILOSOFÍA DEL GOCE Y EL ENTRECRUZAMIENTO DE UTOPIA Y DISTOPÍA

ANAHÍ CANO LAWRYNOWIC

(Universidad Nacional de Mar del Plata)

### RESUMEN

El presente trabajo tiene por objetivo poner de relieve al Marqués de Sade como figura paradigmática de su tiempo, en tanto figura controversial y problemática dado el aspecto crítico y reactivo que su obra y su pensamiento implican respecto de la filosofía iluminista y de la moral cristiana de su tiempo. En consecuencia, se analizarán las bases fundamentales de su articulación de una filosofía del goce o *delectatio morbosa*, a fin de poner de manifiesto uno de los aspectos clave de dicha filosofía: la paradójica formulación de una utopía y una antiutopía que corren paralelas a su realización literaria, física y gnoseológica. Para esto, se hará hincapié en la peculiar operación filosófica y discursiva sadiana, consistente en el desmantelamiento de los supuestos que manejan sus contemporáneos decantándolos a favor de la posición contraria, dando cuenta y afirmando, así, todo aquello que habita en el reverso negativo y velado de la Razón y la Moral.

**PALABRAS CLAVE:** Marqués de Sade – crítica – utopía – antiutopía - goce

### ABSTRACT

The present work aims at highlighting Marquis of Sade as a paradigmatic figure of his time, that is, as a controversial and problematic figure because of the critical, active and reactive dimensions of his work and his thinking regarding Enlightenment and the Christian morality of his time. Consequently, the grounds of his articulation of a pleasure philosophy or *delectatio morbosa*, will be analyzed with the intention of showing one of the key aspects of that philosophy: the paradoxical formulation of a utopia and an anti utopia that run parallel to its literary, physical and epistemological expression. A special focus will be set upon the peculiar philosophical and discursive Sadean strategies that dismount and transfigure the assumptions of contemporary thinkers, showing thus and affirming all that is present in the negative and veiled side of Reason and Morality.

**KEY WORDS:** Marquis of Sade - Criticism - Utopy - Distopy - Pleasure

“-¿Tiene usted miedo de mí?  
-¡Miedo no! Pero no te concebimos”  
Marqués de Sade, *Juliette*

“No se tiene idea de lo que concibo, de lo que quisiera hacer”  
Marqués de Sade, *Idée sur les romans*

A lo largo de estas páginas intentaremos poner en evidencia uno de los aspectos centrales del pensamiento sadiano: su paradójica formulación utópica y a su vez antiutópica en la realización literaria y física de su particular filosofía del goce. Objetivo no libre de dificultades y obstáculos,

pues en gran medida se trata de extraer del olvido y del silencio el aspecto quizás más soslayado de la figura del Marqués: su importancia como pensador activo y reactivo a su tiempo, como contestatario de una *episteme* que lo recluyó en el lugar silenciado y desacreditado de la locura. Extraer sus razones del confinamiento a la sinrazón implicará una lectura cargada de experiencias contradictorias, dada la gran tensión que supone dar cuenta de aquello que la Razón afirma tras el reverso negativo de lo mismo que niega y excluye. Así pues, escribir sobre Sade implica el ineludible enfrentamiento con la salvaje presencia de una palabra inquieta, indómita; palabra que, o resulta excesiva por todos sus costados o bien insuficiente. Pero, en cualquier caso, siempre problemática en su sentido, su significancia, su ruido.

Pensar a Sade, a la vez, supone un lidiar también con el exceso: yendo a la persecución de su pensamiento la reflexión se dispara, se cuele, se desborda y se precipita como sus propios personajes, como su propia imagen: por algún lado, siempre es “demasiado”. Pero es, al mismo tiempo y cada vez, el hallazgo de lo atónito y lo perplejo en la falta de significantes, de signos, de cuerpos posibles. Así, con Sade, el pensamiento cae, corre a la deriva de una grieta por donde también caen las palabras y pensamiento y sentido se hunden, como se hunde un cuerpo en el agua oscura de la noche; rastro tan intangible como devastador, cuyo vestigio es la desnudez y cuyo testigo el desamparo. Pero, en la falta o el exceso, se trata de ir hacia lo contradictorio, de involucrarse –junto al sentido, los signos, el pensamiento– en una intensa e irremediable tensión. Adentrarse en la experiencia intelectual, física y psíquica de una producción de sentidos múltiple y proliferante; de un hastío con sabor punzante; de un extenuante sopor que arrastra como pesadilla inconclusa.

Al mismo tiempo, reflexionar acerca de la utopía conlleva una tensa carga para una conceptualización difícil de acabar, de cerrar en un solo margen de sentido sin conservar, al menos, algo de zozobra. Poner en juego el pensamiento y la escritura sadiana junto con su casi inexplorado aspecto utópico y antiutópico implica una tarea ardua: para hablar de utopía suelen faltar palabras, para hablar del “loco” de Charenton también. Sin embargo, y frente al doble riesgo de detenernos en los umbrales de la escritura donde el silencio blanco acecha al pensamiento que insiste e incide ante un significante inquietante y huidizo, o de sumergirnos en la proliferación de grafemas y morfemas mórbidos sin red ni anclaje, nos situaremos en la pista de despegue que disparará, luego, sus dardos hacia la página. Partiendo de la observación acerca del lugar histórico desde el cual escribe, piensa y vive el Marqués de Sade, buscaremos poner en evidencia su pensamiento antiutópico respecto de los ideales que movilizaron e impulsaron uno de los acontecimientos históricos de más claro carácter utópico: la Revolución Francesa con sus premisas de libertad, igualdad y fraternidad. Al mismo tiempo, y consecuentemente con esto, indagaremos en el otro aspecto de la reflexión sadiana: su particular forma de utopía que se formula y efectúa en la articulación literaria de su filosofía del goce, *delectatio morbosa* o de

los usos utópicos del cuerpo y de la escritura como lugar de realización de esa utopía y de su puesta en escena.

Bastante conocido es el derrotero de Sade por las diversas prisiones por donde ha transitado, saliendo y volviendo a entrar en cárceles y asilos para locos tras esporádicas salidas que, por haber reincidido recurrentemente en sus escandalosos delitos de libertinaje, nunca fueron definitivas. Escribió, pensó y vivió en una época en la cual ni el cuerpo ni el deseo tenían palabra, donde no se los designaba sino bajo el nombre del pecado, como formas del mal que habitaban en el reverso oscuro y prohibido de la moral cristiana. En esta época, Sade se atrevió a encarnar la insoportable figura no sólo del goce sino del escritor maldito *avant la lettre* y del filósofo ateo. Sin dudas este es el motivo que todavía estimula y engendra numerosos análisis, lecturas y relecturas de su obra y de su biografía, precisamente porque epistemológicamente representa el punto de viraje de la filosofía iluminista, el punto de apertura hacia la zona oscura y perturbadora de la racionalidad, el descubrimiento del cuerpo con sus razones y voces, el costado maligno y perverso de la Naturaleza, de la relatividad en el valor de la Ley, de la insostenibilidad del Bien y el Mal como valores absolutos que legislan la conducta y la acción humanas como rectores de lo social. Ninguno de estos aspectos pueden ignorarse cuando nos referimos a Sade, y es que encarna, como lúcidamente advierte Sichère, el tejido de la gran trenza que supone haber sido, al mismo tiempo, *filósofo* en su singular relación con la filosofía de la Ilustración, *teólogo* -o, más bien, *antiteólogo*- en su decisiva relación con la teología cristiana y *escritor* fundamental para la Modernidad en su invención de una nueva postura subjetiva que aún tiende sus efectos sobre nosotros<sup>1</sup>. En este sentido, resulta una figura insoslayable si lo consideramos como la más acabada expresión de la multiplicidad y de la complejidad del momento de la creación del sujeto de la razón ilustrada.

Contemporáneo de Rousseau, se puede ver a Sade como su Mr. Hyde: igual de acechante y oculto, igual de fantasmagórico e insidioso, igual de extremo y opuesto. Y es que filosófica y epistemológicamente Sade se encuentra *frente* a Rousseau en el más cabal sentido del término: frente a la afirmación rousseauiana de la inocencia y el exorcismo del mal como exterior al individuo, el desafío libertino y la representación sadiana en la escritura de todas las posturas posibles, tanto filosóficas como morales, políticas, teológicas y físicas. Nada más claro para poner en evidencia esta antinomia que la diferencia radical en sus respectivas concepciones de la Naturaleza. A la Naturaleza fundamentalmente buena y afirmativa que es origen y fuente de las virtudes, moralmente superior en su estado primitivo, lugar idílico de la no corrupción donde habita el *buen salvaje*, Sade opone la Naturaleza como ámbito de la negación pura y de la soledad radical donde tanto la individuación como la conservación del reino o la especie admiten las más crudas y terribles formas de muerte y destrucción. En este caos

---

<sup>1</sup> SICHÈRE, B. Sade, el síntoma, en: *Historias del mal*. Barcelona, Gedisa, 2001:158 y ss.

primordial y originario el mal y sus diversas formas dan lugar y legitimidad a cualquier otra forma de destrucción y corrupción que el hombre aprehende. No es, como afirma Rousseau, el hombre ni la cultura lo que corrompe la Naturaleza<sup>2</sup> y convierte lo bueno en malo, sino que es la Naturaleza lo que corrompe la Naturaleza; no es ella fuente del Bien sino origen y forma primera del Mal. No existen vicios en el hombre ni actos *contra natura* que destruyan y perviertan los modos del Bien que la Naturaleza, por sí misma, enseña, sino que todos los vicios se encuentran ya en ella y es de ella de donde se trasladan al hombre y a la sociedad, “*porque no hay ninguno de ellos que no esté en la naturaleza, ninguno que ésta no confirme*”<sup>3</sup>.

Así, la Naturaleza deviene máquina que incesantemente produce numerosas y diversas formas y modalidades de perversión y aniquilamiento, todas y cada una de las que el hombre pueda imaginar o descubrir ya están creadas por ella. De acuerdo a este razonamiento, la Naturaleza no se entiende ya como afirmación del Bien y la inocencia, antes bien, es la primera forma del Mal que le es propio como la negación pura que está en la base de su dinámica y de la naturaleza del hombre. De esto dan cuenta cada uno de los personajes de Sade, como el libertino Clément (para quien, en concordancia con los juegos sadianos con sobre los nombres propios, la clemencia no es una característica) explica a una de sus víctimas en su extensa exposición filosófica acerca del ser de la Naturaleza que justifica, afirma e inspira sus actos:

“-¡Oh, justo Dios! –exclamé– Me hace usted estremecer. Si no hubiera crímenes contra la Naturaleza, ¿de dónde me vendría, pues, esta invencible repugnancia que experimentamos ante ciertos delitos?

- Esta repugnancia no es dictada por la Naturaleza –contestó, vivamente, aquel miserable– es un defecto de la costumbre. ¿No sucede lo mismo con ciertos manjares? (...) Y es que cuanto más la acción nos parece espantosa, más se opone a nuestros usos y costumbres, más frenos rompe, más choca con todos nuestros convencionalismos sociales, más hierde lo que consideramos como las leyes de la Naturaleza, y más, al contrario, es útil a esta misma Naturaleza. Siempre es por los crímenes que ella vuelve a entrar en los derechos que la virtud le arrebató sin cesar. Si el crimen es leve, al diferenciarse menos de la virtud, establecerá más lentamente el indispensable equilibrio de la Naturaleza; pero cuanto más capital es, más iguala el peso, más balancea el imperio de la virtud que sin eso lo destruiría todo. Que deje pues de asustarse quien medita cometer una fechoría o acaba de

---

<sup>2</sup> ROUSSEAU, J. J. *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1997.

<sup>3</sup> SADE. Franceses, un esfuerzo más, si queréis ser republicanos, en: *La filosofía en el tocador*. Barcelona, Tusquets, 1992:153.

cometerla: cuanto más vasto sea su crimen, mejor habrá servido a la Naturaleza”<sup>4</sup>.

Podría decirse que esta concepción de la Naturaleza constituye uno de los fundamentos básicos de la filosofía sadiana. No sólo porque justifica el desafío libertino, sino porque, ante todo, es el argumento sobre el cual se apoya su reflexión respecto de lo social y de lo ateo. Parece tan inevitable como redundante destacar el ateísmo en Sade. Sin embargo, vale hacer hincapié en él pues constituye otra de las bases fundantes de su pensamiento y es parte de la gran trenza que anteriormente describimos.

En un orden de cosas donde la moral cristiana rige el pacto social y es la columna vertebral de la axiología que engendró en buena medida los ideales de la república francesa durante su contexto de gestación en la Ilustración, Sade se atreve a manifestarse, arengando desde su tronera de la Bastilla, contra esos valores y esa moral. Según él, la idea cristiana de Dios es el instrumento de una religión que no es compatible ni con la igualdad de los hombres ni con su libertad; y además, proporciona una idea errónea de fraternidad. En el polémico texto *La filosofía en el tocador* encontramos ampliamente expuestas estas ideas. No sólo resalta allí, con numerosos y pormenorizados ejemplos, que la religión sirve y ha servido históricamente a la tiranía, sino que ésta se evidencia como herramienta de control de la conducta y el pensamiento por medio del miedo, un miedo fundado en una idea de Dios tan abstracta como insostenible:

“todas nuestras ideas son representaciones de los objetos que nos afectan; ¿qué puede representar para nosotros la idea de Dios, que es evidentemente una idea sin objeto? Y añadiréis: ¿acaso una idea como ésta no es tan imposible como los efectos sin causa? ¿Una idea sin prototipo es algo más que una quimera? (...) Todo principio es un juicio, todo juicio es producto de la experiencia y la experiencia sólo se adquiere mediante el ejercicio de los sentidos; de donde se sigue que los principios religiosos no se refieren evidentemente a nada y que de ninguna manera son innatos. (...) La ignorancia y el miedo son las dos bases sobre las que se apoyan todas sus religiones”<sup>5</sup>. Al diluirse la idea de Dios y, con ella, al cuestionarse tan profundamente el fundamento de la religión, se sigue que la moral cristiana resulta tan equívoca como absurda: “la moral cristiana, demasiado vaga acerca de las relaciones del hombre con sus semejantes, sienta bases tan llenas de sofismas que nos resulta imposible admitirlas”<sup>6</sup>. La consecuencia inmediata que Sade encuentra tras la refutación de la idea cristiana de Dios y después de haber hecho tambalear, hasta quebrarla, la moral sobre ella sostenida,

---

<sup>4</sup> SADE. *Justine o las desventuras de la virtud*. Madrid, Ágata, 1994:153-154.

<sup>5</sup> SADE. *La filosofía en el tocador*. Barcelona, Tusquets, 1994:135-136.

<sup>6</sup> *Íb.*:141.

es que los delitos o crímenes que esa moral y ese Dios condenan bajo el nombre de pecados hacia Él o hacia el prójimo, ya no se reconocen como tales, puesto que, simplemente, no se comprueba la existencia de una autoridad divina que los sancione. De este modo, la carga axiológicamente negativa de la impiedad, el sacrilegio, la blasfemia, el ateísmo, la calumnia, el robo, la impureza e incluso el asesinato (forma de acción aprehendida de la Naturaleza) se relativizan hasta el punto de disolverse. Lo mismo cabe para aquellos delitos reunidos bajo la denominación de crímenes de libertinaje: prostitución, sodomía, adulterio, incesto y violación. De acuerdo a la filosofía sadiana, al proscribirse estos delitos bajo la sanción moral que se apoya en la idea cristiana de Dios y de Bien, se coarta no sólo la libertad de acción necesaria para el establecimiento de un gobierno verdaderamente republicano, sino que se restringe el flujo de la energía subjetiva primordial que, en términos freudianos, podríamos caracterizar de pulsión de muerte o, como dice el propio Sade, aquella energía que es el motor que moviliza la Naturaleza y que, como ella nos enseña, es parte esencial de la naturaleza del hombre. Por lo tanto, antes que un disciplinamiento moral, es necesario y preferible atravesar el estado de disolución de esta moral y pasar al otro lado, alcanzar la instancia de inmoralidad, *"porque el estado moral de un hombre es un estado de paz y tranquilidad, mientras que su estado inmoral es un estado de perpetuo movimiento que lo aproxima a la necesaria insurrección en la que es preciso que el republicano se mantenga siempre al gobierno del que es miembro"*. Energía que empuja y lleva siempre al exceso, desafío de romper con las restricciones, prohibiciones o fronteras de la acción y el pensamiento, estado de rebelión permanente cuyo escenario es el sujeto y su tiempo el tiempo de la Revolución.

Desgarrar las ataduras y constricciones y liberar esa energía, la más elemental y primigenia, esa que mueve a la Naturaleza y al hombre, de eso se trata; dejar fluir y actuar a esa energía radical y temible, dejar salir el deseo y hacer valer sus efectos. Sade descubre y nombra el deseo y, al hacerlo, descubre e inventa el sujeto moderno antes que el psicoanálisis lo articulara en discurso científico. El sujeto sadiano es sujeto de deseo, sujeto problemático y complejo en tensión entre la energía deseante y sus pulsiones, entre las fuerzas del inconsciente; sujeto concreto con cuerpo y razones, sujeto como lugar donde se debaten las intensidades del Mal, esa otra energía que es principio de movimiento, de destrucción y negación, pero también de creación de nuevas formas y de afirmación de esa subjetividad cargada de pulsiones.

El sujeto de la teología cristiana y de la filosofía ilustrada se construye a partir de la articulación de dos valores tan opuestos como contradictorios: es aquel que se ajusta a la norma y se articula según ella, esa norma que es

---

<sup>7</sup> *Ib.*:148.

el Bien y en la cual se reúnen los valores morales que lo conforman y se compone de signos que garantizan su realidad; alma, Razón, inocencia y divinidad son los signos que sujetan y señalan a ese sujeto que se persigna en el nombre de su moral, su racionalidad y su Dios. Frente a esto, se deja de lado todo lo que perturba esos signos, se deja por fuera lo que no se nombra y que constituye la anomalía, el desperfecto, ocultándose lo que no tiene nombre y, por tanto, existencia: el cuerpo, el deseo, el inconsciente, todo aquello que, inhibido, amenaza la realidad sustancial de ese sujeto *signado*. Entre estos dos filos se recorta el sujeto sadiano, aquel que no acepta quedar cubierto por los signos y afirma el mal para poder liberarse de ellos y alcanzar el efecto sin causa del deseo, para lo cual ha de enfrentarse a la otra dualidad, una más concreta e irrefutable que habita de manera tan cierta como terrible en el corazón humano: placer y dolor. Modificación violenta e íntegra que, lejos de permanecer muda, se vuelve pertinaz resonar de efectos: el terror, el miedo, la repulsión, el asco, el rechazo, la perplejidad. Todo en Sade es efecto, su pensamiento, su escritura y su acción son puro efecto. Y aquí reside su clave: liberar el deseo, acceder al goce y hacer valer sus efectos. Vale decir que, en consecuencia, el discurso sadiano es el primero en hacerse cargo de lo que la filosofía y la teología de su tiempo no se hacen cargo: el Mal, el cuerpo, el deseo, el goce.

En este sentido, al quedar por fuera de los signos y de la garantía moral que afirma su presencia en el mundo a través de los actos, el sujeto sadiano queda relegado al margen de la realidad, una realidad que ni lo reconoce ni lo contiene, y al margen del discurso, el discurso afirmativo y hegemónico de su tiempo, el de la filosofía y la teología. Así, resulta un sujeto negativo, tan negativo como fuera de la ley. Para Sade, como se dijo, las leyes de la moral cristiana ya no tienen validez y son insostenibles. Toda norma que pretenda legislar de manera universal en el marco de un pacto social donde lo que fundamenta esas leyes se revela tan caduco como erróneo y vacío de contenido real, resulta también absurda pues inhibe y restringe el flujo de esa energía irreprimible que constituye la naturaleza del hombre. Muy en el frente contrario, nuevamente, al pensamiento rousseauiano, en Sade la ley es incapaz de garantizar el bien común y el armonioso convivir entre los hombres pues de un modo u otro atenta siempre contra la libertad individual, lo cual es inadmisibles para un estado republicano. Por eso, *otro esfuerzo más franceses, si queréis ser republicanos. Ya no busquéis leyes universales. En pos de la libertad que tanto se desea, elaborad leyes acorde con la libertad individual*. Para lograrlo, es preciso que, en lugar de una ley universal, se creen leyes tan particulares como los hombres mismos, tan diversas como los individuos son, leyes capaces de adaptarse a cualquier acto humano:

...concedo que es imposible hacer tantas leyes como hombres existen; pero las leyes pueden ser tan flexibles, tan poco numerosas, que todos los hombres, cualquiera sea su carácter, puedan fácilmente plegarse a ellas. Incluso exigiría que ese pequeño número de leyes

fuese de tal índole que éstas pudiesen adaptarse fácilmente a todos los diferentes caracteres<sup>8</sup>.

Pero se hace casi imposible pensar en una ley capaz de semejante variabilidad. Se trata de una relativización que va en contra de la propia definición de la ley como tal pues exige que, ante la necesidad de adaptarse y modificarse según el caso al que se aplique, sea siempre diferente a sí misma, por lo que el concepto de ley tambalea y no se sostiene.

Pero este caerse de la idea de ley se vuelve acaso definitivo cuando el hecho mismo de pensar en la existencia de leyes es incompatible con la concepción sadiana de la Naturaleza: puesto que en la naturaleza reina la anarquía y no se reconoce ni lo bueno ni lo malo, es inadmisibles que el hombre, creado por esa misma Naturaleza, pretenda sancionar crímenes que la Naturaleza nos inspira, al mostrárnoslos y enseñárnoslos como, valga la redundancia, naturales y, por eso, aceptables:

“puesto que la naturaleza nos dicta igualmente vicios y virtudes, en razón de nuestra constitución o, de un modo todavía más filosófico, en razón de la necesidad que tiene unos de unos o de otras, su inspiración sería una medida muy incierta para regular con precisión lo que está bien y lo que está mal”<sup>9</sup>.

No hay crimen que el hombre cometa que no se encuentre en la Naturaleza. Por lo tanto, cometer esos crímenes es tan propio de la naturaleza del hombre que ninguna ley moral o social tiene suficiente peso ni autoridad para sancionarlos o proscribirlos, no hay ley, que tenga suficiente validez para legislar sobre lo que la Naturaleza muestra que no tiene sanción ni es incorrecto. Intentar hacerlo sería ir en contra de ella y de su inconmensurable fuerza; legislar en contra de ella sería, en último caso, lo verdaderamente innatural e ilegal, y esto es explicado, una vez más, en palabras de un libertino:

“Sería bien sorprendente esta Naturaleza si pudiera en un instante razonar con nosotros y le dijéramos que esos crímenes que la sirven, esas fechorías que exige y nos inspira, son castigados por leyes que se nos asegura son la imagen de las suyas. Imbécil, nos contestaría, duerme, come, bebe y comete sin miedo tales crímenes cuando bien te parezca: todas esas pretendidas infamias me agradan y las deseo puesto que te las inspiro. A ti atañe arreglar lo que me irrita o me deleita; entérate de que no tienes nada que no me pertenezca, nada que yo no haya colocado por razones que no te conviene conocer; que la más abominable de tus acciones no es más, como la más virtuosa de otro,

---

<sup>8</sup> *Ib.*:142.

<sup>9</sup> *Ib.*:139.

que una manera de servirme. No te contengas, pues, búrlate de tus leyes, de tus convencionalismos sociales, y cree que si existe un crimen a mis ojos, éste sería la oposición que pudieras presentar a lo que inspiro, por tu resistencia o por tus sofismas"<sup>10</sup>.

No hay ley entonces que no sirva tanto para el bien como para el mal, y no hay ley universal que el hombre pueda escribir; toda ley está ya escrita y dictada de antemano en la Naturaleza, que enseña e inspira todo acto y toda acción virtuosa o criminal. Y precisamente por esto tampoco hay actos criminales, puesto que para serlo deberían estar fuera de la ley, ya que no hay crimen más que a los ojos de la ley, y como no hay acto que se encuentre fuera de lo que la Naturaleza inspira, en ella se comprueba que no hay acciones buenas o malas, simplemente actos naturales; por consiguiente, es inadmisibile la idea de una Ley que sancione lo que forma parte del orden natural de las cosas.

Sobre estas premisas y en este discurso, pues, se articula la filosofía de Sade. Esa filosofía que Noëlle Chatelet ha caracterizado como "sistema de la agresión": una negatividad que, negando las verdades y los valores de su tiempo, afirma otro pensamiento y otra subjetividad, constituida a partir del ataque a la filosofía ilustrada y a la teología cristiana. Toda la maquinaria sadiana esta dispuesta a la orden de una agresión hacia esos discursos verdaderos y sacros para dismantelarlos y exhibir sus fisuras y puntos débiles, sus zonas oscuras y las regiones que deja sin palabras. Pero, a pesar de haber sido relegado en su momento -y quizás todavía hoy- al lugar de la locura, la coherencia de Sade radica en el hecho de que utiliza los mismos argumentos que emplean los filósofos de su tiempo para decantarlos a favor de la posición contraria. Apoyándose en el pilar de la Razón y en nombre de ella, llega a edificar un sistema filosófico donde el Mal es la virtud esencial, sistema regido por un modelo de la Naturaleza que lo fundamenta y pone en evidencia su costado de maldad, crueldad y destrucción. Pero el discurso sadiano no deja de ser un discurso solitario, y el sujeto sadiano no deja de ser, tampoco, un sujeto librado a la soledad más absoluta: se encuentra fuera de los signos, fuera de la ley, fuera de la moral y fuera de la realidad que esos signos, esa ley y esa moral construyen y que son garantía de existencia en el mundo. Sin embargo, este estar fuera del mundo, esta soledad absoluta en que nos hizo nacer la Naturaleza y por la cual no hay ninguna forma de relación ni de deber de hombre a hombre justifica la a-moralidad sadiana y su sistema filosófico. Como bien ha señalado Blanchot, la filosofía del egoísmo integral, donde "el más grande dolor de los otros cuenta siempre menos que mi placer"<sup>11</sup>, pues el principio de placer está en la base de esta filosofía, y "qué importa si debo lograr el más leve goce mediante un conjunto inaudito de delitos, porque el goce me

---

<sup>10</sup> SADE. *Justine o las desventuras de la virtud*. Op. cit.:153.

<sup>11</sup> BLANCHOT, M. *Sade y Lautrémont*, Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, s.f.:20.

halaga, está en mí, en cambio el efecto del crimen no me toca, está fuera de mí".<sup>12</sup>

La violencia de los actos que plantea no sería posible si no estuviese sustentada en este discurso filosófico. Al mismo tiempo, la palabra sadiana carecería de valor y de poder si no estuviese seguida por la puesta en acto de ese discurso, y la escritura de Sade, como efecto y acción puras, es la puesta en escena del pensamiento en acto. Y allí se encuentra lo más perturbador de su escritura, pues "el escribir añade el acto a la letra cuya marca todos sufren"<sup>13</sup>. Y es justamente en esa escritura de puro acto y efecto donde encontraremos la más profunda crítica ejercida hacia la filosofía de su tiempo, y donde encontraremos, también, ese particular entrecruzamiento de utopía y antiutopía al que nos referiremos en adelante. Como se ha dicho ya, el Marqués de Sade escribe, piensa y vive durante uno de los momentos históricos más claramente utópicos de la Modernidad: el período de gestación y estallido de la Revolución Francesa. La utopía que concluyó con la caída del régimen monárquico supone uno de los momentos de mayor idealismo de la historia y es, a las claras, ejemplo de muchas de las revoluciones y levantamientos populares posteriores. Sin embargo, como se sabe, ha sido una de las épocas más marcadas por el terror, no sólo por las diversas formas de censura que lo acompañaron, sino porque, tras la invención de la guillotina, se impuso la utilización de uno de los instrumentos de muerte más calculado y prolífico. Se debe reconocer que la Revolución logró derribar un régimen ancestral y profundamente instituido, pero también derivó en diversas formas de persecución y terrorismo de estado con Robespierre a la cabeza, cristalizando la utopía en formas de realidad y un orden de cosas que diluyó, en gran parte, las ideas que lo conformaron como proyecto.

El proyecto utópico de la Revolución Francesa se apoyó, como es por todos sabido, en tres premisas básicas: *libertad, igualdad y fraternidad*. Premisas que en el discurso sadiano serán sometidas a un torcimiento tal que, llevadas al extremo de sus posibilidades, lograrán afirmar justamente aquello que niegan o dejan velado. Mediante una fundamentación y argumentación sólidamente racional que es extremada y llevada al exceso, veremos cómo esa racionalidad se vuelve, en su negación, hacia la afirmación de lo que excluye; pues todo exceso nos conduce, pronto, hacia el extremo contrario. Movimiento paradójico a través del cual se intenta demostrar cómo la radicalización de esos principios revolucionarios trastocan y disuelven lo mismo que sostienen, dejando en evidencia su invalidez o, al menos, su inapelable relatividad. De esta manera se ejercerá la más feroz crítica de Sade hacia la realidad de su tiempo, mostrando cómo, en el reverso de la utopía, se encuentra la antiutopía.

---

<sup>12</sup> *Ib.*

<sup>13</sup> MILLOT, C. Ensangrentar el revés de nuestros corazones, en: *La vocación del escritor*. Buenos Aires, Ariel, 1993:8.

En principio, y en concordancia con lo expuesto en páginas anteriores, se ha visto cómo tanto la moral –como cualquier forma de ley– atenta contra la libertad plena del republicano que se pretende construir desde la Revolución. Según entiende Sade, para que la libertad sea plena y absoluta y se condiga con los ideales revolucionarios y republicanos, debe prescindir de todo aquello que la restrinja, de modo tal que sólo puede haber pleno ejercicio de la libertad individual sin moral y sin ley. La consecuencia inmediata que se desprende de este argumento es que todo tipo de acción resulta válida y admisible, tanto que en nombre de la libertad republicana debe admitirse al hombre cometer todo tipo de actos, incluso aquellos que se encuentran moral y legalmente vedados. En este sentido, no hay verdadera libertad sin que sea posible el pleno ejercicio de las pasiones; y la *lujuria* se concibe como el caso más acabado en el que la libertad se ejerce de manera más absoluta, para lo cual “*debemos establecer toda la seguridad necesaria para que el ciudadano cuya necesidad lo impulse hacia los objetos de lujuria pueda entregarse con tales objetos a todo lo que sus pasiones le prescriban, sin que nada le encadene, porque no hay en el hombre ninguna pasión que necesite más que ésta de toda la extensión de la libertad*”<sup>14</sup>. Garantizar esta libertad sin someter a las pasiones en nombre de ella es deber de todo buen republicano, no sólo porque sin libertad plena no hay República, sino porque cualquier privación de esta libertad elemental atentaría contra el estado y su forma de gobierno; la lujuria se presenta como la mejor metáfora del sistema republicano:

(...) ninguna otra pasión necesita tanto la libertad, ninguna tampoco es tan despótica; en ella le gusta al hombre mandar, ser obedecido, rodearse de esclavos obligados a satisfacerlo; pues bien: siempre que privéis al hombre del medio secreto para que exhale la dosis de despotismo que la naturaleza ha puesto en el fondo de su corazón, no vacilará en ejercerlo sobre los objetos que lo rodean, perturbará al gobierno. Si queréis evitar tal peligro, permitid una libre expansión de esos deseos tiránicos que a su pesar lo atormentan continuamente. (...) Si imponéis sobre esos objetivos de la lujuria pública las ridículas trabas inventadas antaño por la tiranía ministerial y por la lubricidad de nuestro Sardanápalos, entonces ese hombre pronto se exasperará contra vuestro gobierno, pronto sentirá celos del despotismo que os verá ejercer en forma exclusiva y sacudirá el yugo que le hayáis impuesto; cansado de vuestra manera de gobernarlo, la cambiará tal como acaba de hacerlo.<sup>15</sup>

De acuerdo con este argumento, la lujuria permite el pleno ejercicio de la libertad absoluta y, además, supone la mejor vía para purgar todo rastro de despotismo, mientras que la censura de los actos lujuriosos provocan

---

<sup>14</sup> SADE. *La filosofía en el tocador*. Op. cit.:149.

<sup>15</sup> *Ib.*:149-150.

transgresiones que, en último término, redundan en insurrección y tiranía. Las consecuencias de esta libertad radical extienden sus efectos hacia la igualdad y la fraternidad, principios concomitantes que se nivelan y refuerzan a la par uno de otros. En última instancia, la libertad supone el derecho de todo sujeto a disponer del otro como objeto de su goce; derecho recíproco por el cual, al mismo tiempo, los otros disponen de mí como objeto de su goce y tal disposición libre es el derecho y la obligación que sostienen el ejercicio pleno de la libertad. Este derecho de propiedad sobre el otro como objeto de goce y la consecuente obligación de entregarse a los otros como objeto de su goce conforman la base desde la cual se piensa la igualdad. El principio de placer que rige esta filosofía hace que el goce -como condición e imperativo del ser del hombre y como la premisa que debería regir cada uno de sus actos- convierta a los individuos a la vez en sujetos y objetos de goce, no ya seres distintos sino simples elementos, “*sustituibles indefinidamente, en una inmensa ecuación erótica*”<sup>16</sup>. Desde esta perspectiva, pues, todos los hombres son iguales, ninguno vale más que los otros y todos son intercambiables; ninguno tiene otra significación más que la de una unidad entendida como materia sobre la cual recae el ejercicio de las pasiones dirigido hacia la consecución –siempre insuficientemente lograda- del goce, materia “impersonal, sin amor ni odios, sin hambre ni sed, materia sin recompensas ni castigos. Una materia que no tiene mandamientos de piedra ni leyes de pergamino, una materia sagradamente impersonal, de una divina indiferencia que fluye sin cesar”.<sup>17</sup>

Así se entiende la igualdad que sostiene, a su vez, la idea de fraternidad: en la materia impersonal cuyo movimiento está dictado por la dinámica del deseo y el goce; todos los individuos están ligados, por igual y para garantizar el pleno ejercicio de su libertad, por un vínculo de fraterna satisfacción de los unos para con los otros. Y esta fraternidad que no reconoce restricciones ni prohibiciones, que no tiene “más leyes que vuestros deseos, ni más moral que la de la naturaleza”,<sup>18</sup> encuentra en el incesto su mejor ejemplo.

Me atrevo a asegurar que el incesto debiera ser ley de todo gobierno basado sobre la fraternidad, [pues] extiende los vínculos de las familias y por consiguiente hace más activo el amor de los ciudadanos por la patria.<sup>19</sup>

Como puede verse, no sólo esta forma de concebir la fraternidad, sino también el modo en que Sade entiende la libertad y la igualdad van directamente en contra de los supuestos que tales principios implican en el contexto de la Revolución Francesa. Los tres elementos que conforman la bandera del republicano de 1789, radicalizados y llevados a su extremo, afirman y sirven de fundamento para dar validez a aquello que, justamente,

---

<sup>16</sup> BLANCHOT, M. *Sade y Lautréamont*. Op. cit.:36.

<sup>17</sup> SADE. *Juliette o el vicio recompensado*. Madrid, Babilonia, 1991:20.

<sup>18</sup> SADE. *La filosofía en el tocador*. Op. cit.:156.

<sup>19</sup> *Ib.*:158.

pretenden restringir y disciplinar. La libertad, la igualdad y la fraternidad, en el discurso sadiano, forman los fundamentos de ese sistema de la agresión que destruye desde su centro mismo los supuestos que movilizan el proyecto utópico de la revolución republicana. Pero es atentando contra esos fundamentos básicos como se ejerce la crítica hacia esa utopía, una utopía que también pretende radicalizar y llevar al extremo tales ideales, sólo que sin advertir las verdaderas consecuencias de tal radicalización, sin poner de manifiesto el terror que eso engendra y esconde. Al mostrar el reverso absurdo y falaz de estos supuestos desde el punto de vista de la lógica sadiana y su sistema filosófico, al poner en evidencia la afirmación dogmática de valores insostenibles e incompatibles con el orden de cosas que los ideales revolucionarios proponen y poniendo de manifiesto la negación ingenua de los actos que constituirían el genuino ejercicio de los principios de acción que pretende instaurar esa revolución, Sade adopta una actitud crítica que denuncia el modelo social e ideológico utópico tanto real como ideal de la república francesa. Desmantelando esos ideales y esos valores junto con aquello que los fundamenta, y a través de la puesta en acto de esa crítica, Sade representa la postura antiutópica que cuestiona y transgrede desde lo profundo, fundamentándose en los diversos criterios a partir de los cuales se advierte lo que debería ser esa propuesta utópica para ser correcta, aceptable y coherente con los principios sobre los cuales busca sustentarse.

Pero, de la misma manera en que toda revolución encuentra su postura reaccionaria paralela, el *alter ego* insoslayable de esta crítica antiutópica resulta otra propuesta utópica alternativa, equivalente al cuestionamiento del modelo social existente; vale decir, la crítica sadiana a la utopía de la revolución republicana se ejerce desde otro modelo utópico paralelo, demostrando que *"la dupla utopía-crítica de la utopía constituye una de las manifestaciones de la estructura dialéctica del pensar"*<sup>20</sup>.

Este entrecruzamiento utopía/antiutopía cristaliza en el modelo social de las sociedades secretas sadianas. En ellas no sólo se pone en acción la crítica a esos principios de libertad, igualdad y fraternidad sino que se los hace funcionar de acuerdo a la reformulación antes expuesta. Del mismo modo, a la vez que se propone -en la idealidad de su proyección y en la realidad de su concreción mediante la escritura- un modelo social utópico alternativo, con él se pone de manifiesto, una vez más, el cuestionamiento y la crítica a otro modelo utópico contra el cual atenta: los falansterios.

Al igual que posteriormente hará Fourier, Sade plantea un modelo de organización social como autarquía social cuyos integrantes forman una sociedad completa con una moral, un tiempo, una palabra y una economía propios. Ambos implican un proyecto utópico de organización de un comunidad autosuficiente, circunscripta en un espacio finito y organizado donde los individuos que la integran son definidos por sus funciones según

---

<sup>20</sup> FERNÁNDEZ, G. *Utopía. Contribución al estudio del concepto*, Mar del Plata, Suárez, 2005.

una puesta en escena minuciosa de sus correspondientes roles y actos. Se podría decir que, en ese sentido, el falansterio fourierista y la sociedad secreta sadiana constituyen, de diversos modos, una misma búsqueda de la armonía, una misma utopía. Sin embargo, y como ya se verá, cada una es el reverso opuesto de la otra. Sade y Fourier son cara y cruz de una misma moneda: mientras que para uno las pasiones tienden hacia la destrucción pues la naturaleza de la sociedad impide cualquier forma de felicidad, para el otro las pasiones son alegría libre de cualquier prejuicio; mientras que para uno Dios no existe, para el otro es el magíster de una naturaleza amable; mientras que para uno el modelo social se dirige a la consecución del goce como objetivo último, para el otro se persiguen la felicidad y la armonía como objetivos últimos de la sociedad que se propone. Como acertadamente advierte Pierre Naville, *“los descubrimientos de Sade han provocado la creación de sus antídotos, entre los cuales destaca el armonicismo de Fourier que transforma la “horrible civilización” y el universo cósmico entero en un despliegue metódico de sublimes dichas”*<sup>21</sup>.

Despliegue metódico basado en la dinámica de una economía de las pasiones que, tanto en Sade como en Fourier, revisten diversos alcances y efectos. Como se observa en *Justine* y en *Juliette*, la sociedad secreta sadiana se encuentra articulada en base a un cuerpo social cuyo espíritu de fraternidad se sustenta en una idea de igualdad como derecho de disponer igualmente de todos los seres, y un principio de libertad entendido como el poder de someter a cada uno de acuerdo a los deseos del otro. Con vistas a lograr la realización de tales premisas, las sociedades secretas de Sade se erigen sobre un conjunto de preceptos que están dirigidos a garantizar el pleno funcionamiento de esa sociedad de acuerdo a tales premisas. Se trata de comunidades absolutamente reglamentadas, las cuales, como queda visto en el caso de la Cofradía de los Amigos del Crimen, cuentan con su propio y rígido estatuto:

La Cofradía admitirá la palabra “crimen”, pero debe aclararse desde el principio que el uso de dicha palabra, refiriéndose a cualquier acto de cualquier clase o color, no implica sentido peyorativo alguno.

La Cofradía está fundada sobre la firme convicción de que el hombre no es libre y que, ligado por completo a las leyes de la naturaleza, todos los hombres se encuentran obligados sin otra alternativa a obedecer a sus impulsos, aunque éstos conduzcan a acciones que comúnmente son consideradas como criminales.

Los siguientes principios habrán de gobernar a sus miembros:

1- No existe distinción alguna entre los individuos que constituyen la Cofradía. (...) Está convencida de que las distinciones de cualquier tipo podrían tener influencia perjudicial sobre los placeres de los miembros.

---

<sup>21</sup> NAVILLE, P. La paz imposible, en: *Quimera*, 61, 1999.

2- La Cofradía disuelve todos los vínculos maritales e ignora los de sangre; bajo su techo habrá que portarse de una forma carente de discriminación con el hermano, la hermana, los hijos, los sobrinos, etc. Cualquier negativa a someterse a estas reglas constituirá fundamento de expulsión. (...)

5- Serán admitidos veinte artistas y personalidades literarias, a cambio de la modesta participación de mil libras al año; esta consideración especial es parte de la política de la Cofradía para fomentar las artes. (...)

6- Los miembros de la Cofradía, unidos en una gran familia, comparten todas sus penas, así como sus gozos. (...)

8- (...) Las parejas se escogen sin discriminación y no hay negativa válida a cualquier solicitud presentada por uno de los cofrades. Una vez llamado, cada individuo debe colaborar inmediatamente, sin reservas y de buena gana. Si algún individuo intentara sustraerse a sus obligaciones, se verá obligado a cumplirlas antes de ser expulsado de la Cofradía. (...)

20- Una subordinación total de parte de los pensionistas prevalece en los harenes. (...)

21- Los pabellones laterales que circundan los harenes contienen jaulas de fieras, donde animales de todas las especies esperan al miembro aficionado a la bestialidad (esta simple pasión es totalmente natural y, por tanto, debe ser respetada como todas las demás). (...)

22- En cada harén hay cuatro verdugos, cuatro carceleros, ocho flageladores, cuatro desolladores, cuatro comadronas y cuatro cirujanos; todos a disposición de los miembros que en acaloramiento de la pasión puedan necesitar de ellos. Queda entendido, por supuesto, que las comadronas y los cirujanos están presentes, no para prestar ayuda humanitaria, sino para colaborar en los tormentos. (...)

24- (...) Al pie de algunos árboles hay pozos en los cuales se pueden arrojar los cuerpos de las víctimas.

25- Ningún candidato será admitido en la Cofradía sin haber firmado primero con su sangre el juramento por el que observará todos los reglamentos y ordenanzas estipulados aquí.<sup>22</sup>

Lo extenso de la cita se vuelve necesario para poner de manifiesto la índole de los preceptos que regulan el funcionamiento y la conformación de la sociedad secreta sadiana, así como también para demostrar de qué forma los principios de libertad, igualdad y fraternidad, en su particular formulación, constituyen la base sobre la cual se apoya la dinámica de esta comunidad. Puesta en acto del pensamiento que, mediante la economía de las pasiones que propone y el despliegue metódico de sus condiciones de funcionamiento, se encuentra orientada a la satisfacción de los placeres y al alcance

---

<sup>22</sup> SADE. *Juliette o el vicio recompensando*. Op. cit.:92-95.

último del objetivo máximo: el goce. Todo está pensando y fundamentado en pos de ese objetivo que es condición de todo acto: el logro del goce, no importa lo que lleve consigo, sólo la consecución de la posibilidad de alcanzar la inconmensurable dimensión del goce es lo que verdaderamente importa, aún cuando en este esfuerzo esté implicado, necesariamente, el crimen, la abyección más radical o, incluso, la muerte. Involucrado en esta persecución inacabable, el objeto del deseo no conoce límites, sólo existe como aquello que permite la apertura hacia la posibilidad de acceso al goce. En este sentido, el deseo, como flujo irreprimible e incesante, supone la potencia liberada y actuante de una energía destructiva, inapresable y despersonalizante que, lejos de lograr asir aquella dimensión a la que aspira, se manifiesta como aspiración crecientemente recurrente e irrealizable.

Nunca nada es suficiente para el sujeto sadiano en su búsqueda por lograr realizar su goce, en él, el deseo empuja, insiste, excede y reclama, al mismo tiempo, cada vez un exceso más que lo realice; después de cada acto que el libertino sadiano efectúa en esa búsqueda sobreviene siempre un "algo" que no se ha podido alcanzar, toda muerte lleva en sí la marca de un "algo" que le sobreviene como inalcanzado y no logrado. Así, el objeto del deseo es siempre objeto perdido y el sujeto del goce está marcado por la incompletud, por la ausencia, por la falta; cada uno de sus actos exigen una superación, una prolongación cada vez más imposible, un meditado y esmerado perfeccionamiento.

El interior del discurso no sólo es el ámbito de la crítica, la refutación y el cuestionamiento atiotópicos, sino que también se afirma como espacio de la utópica aventura sadiana por alcanzar aquello inatrapable. Y si es cierto que cada utopía contiene un aspecto que la define como intento de alcance y logro de lo imposible; si es cierto que acaso en su sentido más lato lo utópico se describe y define como la persecución de lo ideal y lo idílico, lo utópico se da en Sade en el ansia por acceder a la realización nunca completamente lograda del goce que se manifiesta como un retorno incesante de una experiencia insistentemente manifestada en la innumerable sucesión de cuadros o escenas en que la búsqueda del goce se planifica y se intenta.

Ya hemos visto el elemento crítico que forma parte de la utopía sadiana en su disconformidad con el sistema real o ideal que plantea la utopía revolucionaria y republicana; veremos ahora cómo se efectúa y plantea el elemento fictivo que constituye a esta utopía. Y es en los usos utópicos del cuerpo (y también, por supuesto, en el terreno de la sexualidad) donde esto se pone en evidencia, donde la postura ideológica, filosófica y física que conforma el aspecto más terrible del pensamiento de Sade tiene lugar. Casi todas las utopías suelen encontrar su lugar de realización en islas lejanas y remotas, en Sade, la utopía se realiza en la isla que el cuerpo es, ese cuerpo textual que es la isla literaria del texto que escribe, esa que se concibe y se logra "gracias a la imaginación, que se confunde con el poder creativo del

lenguaje, [donde] el libertino pretenderá actuar mejor que Dios y que la Naturaleza en su conjunto, porque puede llegar a concebir lo imposible”<sup>23</sup>.

Y es precisamente a través de la imaginación como se concibe la utopía en tanto forma de realidad posible, esa imaginación que “permite la extensión del pensamiento más allá de los cuadros de la sensibilidad, por la negación de los límites de la realidad, [cuyo] poder trascendente no encuentra otro límite que aquellos a los que puede exceder”<sup>24</sup>. Ruptura de los límites en la frontera de los cuerpos y la sexualidad como metáfora de los límites de Dios, de la Naturaleza, de la Ley, el Bien, el Mal y la Razón, a partir de cuya trasgresión la utopía sadiana se impone como desafío a las limitaciones de lo real y como cuestionamiento a las condiciones de esa realidad. La utopía, inscrita en el cuerpo, hace el desorden de la realidad y revuelve y convulsiona sus fundamentos, haciéndola tambalear en lo ilusorio hasta mostrárnosla como pesadilla atroz y realizable.

El pensamiento sadiano y su sistema filosófico encuentran concreción en la materialidad de la escritura, esa isla del espacio literario donde la energía de alineación del deseo más extremadamente destructivo y atroz se efectúa y hace valer sus efectos, donde el sistema de la agresión se dirige hacia el cuerpo mismo y en el cuerpo y sus usos realiza aquello mismo que sostiene. Es el lugar de existencia para ese sujeto que no conoce otra fe que el deseo, ni más ley que la ley goce, cuyo alcance constituye la utopía que se realiza en el texto donde se despliega esa energía deseante en la que el goce encuentra en el cuerpo propio y ajeno la materia cuya impersonal forma alcanza sentido o, al menos, la forma provisoria de su razón en la fascinación y la alineación de la experiencia doble del placer y el dolor.

Incontables son los cuadros donde se exhibe esta extremación tan terrible como necesaria pues nada nunca es suficiente y siempre es preciso llegar más allá, exceder un límite más, pues el objeto del deseo es siempre un objeto perdido y el sujeto del goce está marcado por la incompletud, la ausencia y la falta, por eso todo es llevado hasta el último límite que es posible franquear. Hasta la muerte misma se presenta como un límite provisional, puesto que ni siquiera ella interrumpe el libre fluir de esa energía ni la metódica o espontánea disposición de los cuadros. Cada uno de los actos del libertino sadiano exige una superación, una prolongación cada vez más utópica, un meditado y esmerado perfeccionamiento.

La experiencia del goce hace a la figuración subjetiva del libertino sadiano estar permanentemente fuera de sí; su objeto de deseo es siempre un objeto perdido, pero esa pérdida es la causa de la fascinación que lo estimula y su condición de ser lo que es y quien es; pérdida que es la energía misma por la cual existe, es y deviene perdiéndose en el mundo donde sus actos no conocen restricciones y donde el cuerpo es el escenario en el cual esa energía que moviliza la utopía actúa.

---

<sup>23</sup> MILLOT, C. Ensangrentar el revés de nuestros corazones, en: *La vocación del escritor*. Op. cit.:161.

<sup>24</sup> *Ib.*:162.

Pero esto conlleva, paradójicamente, su destrucción: en la realización de la utopía de su goce el cuerpo es abolido como materia y objeto insuficientes y la pérdida se reitera en la muerte del cuerpo durante la experiencia límite del dolor y el placer. Sin embargo, la muerte del cuerpo no cancela el valor de la materia corporal como instrumento de satisfacción de los placeres pues la infinitud del cuerpo se proyecta en sus deyecciones, en la segregación de sus fluidos, transformándose en el lugar de lo abyecto: "Goce, en suma. (...) Deja caer al objeto en un real abominable, inaccesible salvo a través del goce. En este sentido, se lo goza. Violentamente y con dolor. Una pasión. Y, como en el goce, donde el objeto llamado "a" del deseo estalla con el espejo roto donde el Yo (moi) cede su imagen para reflejarse en el Otro, lo abyecto nada tiene de objetivo, ni siquiera de objetal. Es simplemente una frontera, un don repulsivo que el Otro, convertido en alter ego, deja caer para que "yo" no desaparezca en él, y encuentre en esta sublime alienación una existencia desposeída"<sup>25</sup>.

Así se hace nacer del deseo esa saciedad incompleta que es su naturaleza, por el objetivo de sobrepasar los límites y postergar el alcance del goce hasta el infinito, hasta ese punto que sería fatal para el sujeto que sostiene ese deseo como desviación en relación a las normas, pero también como afirmación de su singularidad, no hallarse en la caída hacia el abismo de la disolución de sí en el goce que el otro, como materia y objeto, me permite conocer. Aunque parezca que, en apariencia, estos usos utópicos del cuerpo son sometidos a la anarquía dictada por esa energía desbordante y despersonalizante, cabe destacar que cada cuadro y escena, como ha demostrado Roland Barthes, obedece al cumplimiento de dos reglas de acción fundamentales: la *exhaustividad* por la cual se han de cumplir simultáneamente la mayor cantidad de posturas donde todos los presentes son utilizados al mismo tiempo y todos los lugares del cuerpo están saturados en cada sujeto por la búsqueda de la figura total; y la *reciprocidad* gracias a la cual se pueden intercambiar las funciones de los actores en cada escena<sup>26</sup>.

En este sentido, la utopía, en Sade, es profundamente crítica al disciplinamiento de los cuerpos y la pasiones que se da en toda regulación del pacto social; disciplinamiento que él mismo ha conocido y experimentado a lo largo de sus sucesivas prisiones, sanciones y castigos. Crítica que se extiende a la racionalidad moderna en su desprecio del cuerpo, exhibiendo en su más cruda y feroz expresión las razones del cuerpo y la razón dislocada y desbordada del deseo y el goce. Utopía fundada, a la vez, en el carácter fictivo que, como producto de una imaginación capaz de exceder todo límite posible, se realiza en una escritura y un discurso cuya función es "*concebir lo inconcebible. No dejar nada fuera de la palabra y no conceder*

---

<sup>25</sup> KRISTEVA, J., *Poderes de la perversión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988:17-18.

<sup>26</sup> BARTHES, R., El árbol del crimen, en: *El pensamiento de Sade*, Buenos Aires, Paidós, 1969.

*al mundo nada inefable*<sup>27</sup>, esa es la consigna, puesto que lo que ocurre en los textos de Sade es que *“las imposibilidades del referente se han vuelto posibilidades del discurso”*<sup>28</sup>.

En la lógica sadiana, nada se ha dicho si no se ha dicho todo. Pero a ese lenguaje que pretende no conocer prohibiciones enseguida se lo designa y se lo condena como lenguaje prohibido. Sade hace posible ese discurso en el cual las palabras *“rompen las medidas del discurso humanista, del lenguaje histórico del intercambio y del reconocimiento, y que sólo puede proteger la escritura, donde todas las figuras se mezclan”*<sup>29</sup> y encuentran su lugar de despliegue y experiencia plena y concreta, la escritura literaria donde ningún posible está vedado.

Las sociedades secretas de Sade, así como también cada uno de los actos del libertino que se cometen en el encierro, ponen en evidencia que, al igual que la utopía, la realidad y la idealidad de ese mundo que se concibe es un *afuera* respecto de todo mundo existente, y al mismo tiempo un *adentro* encerrado en sí mismo, el *adentro* de una subjetividad y de un espacio físico donde se transgreden las condiciones de posibilidad de lo real dado de antemano como única verdad posible.

Duplicidad y entrecruzamiento que se dan por igual en el orden de cosas que la pesadilla sadiana revela en su particular intersección de utopía y antiutopía. En ella, la triple dimensión de esa trenza que supone la figura de Sade se hace presente bajo las formas del filósofo, el antiteólogo y el escritor; en ella, un sistema filosófico sustentado racionalmente sobre las bases de los mismos argumentos que los filósofos de su tiempo utilizan, pero demostrando su opuesto negativo, se afirma y se subleva contra las restricciones de lo real; en ella, una vez más, se conciben todas las posturas filosóficas, ideológicas y físicas imaginables e inimaginables.

Es cierto, Sade concibe lo inconcebible, y de eso encontramos suficiente muestra a lo largo de páginas y páginas en las que ha escrito lo que más terror produce: saber que, acaso, pocas cosas movilicen productivamente más al sujeto como la energía irrefrenable del deseo capaz de ponernos en contacto con las zonas más inexploradas y más inquietantes del corazón, el cuerpo y la mente humanas, las regiones más oscuras donde el goce atrae, sin cesar e insistentemente, hacia la fascinación y la búsqueda de lo posible en lo imposible pero, también, hacia experiencias donde la pulsión de muerte se yergue como el imperativo más extremo y categórico. Pero también, hay que decirlo, Sade representa el aspecto más inexplorado y a menudo más malinterpretado de una época, de una teología y un pensamiento filosófico cuyas consecuencias repercuten aun hasta nuestros días. Su punto de crítica y cuestionamiento fue precursor de gran parte de las formas literarias

---

<sup>27</sup> BARTHES, R., *Op. cit.*:72.

<sup>28</sup> *Ib.*:71.

<sup>29</sup> DAMISCH, H., La escritura sin medidas, en: *El pensamiento de Sade*, Buenos Aires, Paidós, 1969:120.

que le siguieron. A fuerza de encierros y de cargos de locura, abrió las puertas para pensar cuestiones tan fundamentales como ineludibles. Por eso, frente a su obra podemos volver a decir: *un esfuerzo más, lectores, si queréis conocer lo negro que habita en ustedes, aunque esto les valga ensangrentar el revés de vuestros corazones.*

Recibido: 12/03/2005  
Aceptado: 15/06/2005